

cosas imposibles, esto es, que sean incomparablemente más excelentes y perfectos de lo que son.

Y no se vaya á creer que semejantes ejercicios sean un mero entretenimiento, una simple ocupacion inocente con que recrear el ánimo contemplando las grandezas y maravillas de Dios nuestro Señor; sino que envuelven en sí mismos una verdadera adoracion muy agradable á los ojos de la majestad eterna del Monarca de la gloria, adoracion que tiene por blanco impetrar gracias actuales y asegurarnos los correspondientes grados de gloria en la patria del cielo. En efecto, nada hay en el mundo más real, como este culto que se rinde al Rey soberano de la creacion: las montañas roquizas son ménos reales que la verdadera adoracion; el mismo sufrimiento no es más que una ilusion, comparado con la realidad de aquel culto que tiene la virtud de complacer al Dios incomprendible; la gracia, siendo una maravillosa participacion de la naturaleza divina, es mil veces más sólida que todas las naturalezas de los hombres y de los animales, y la ley de la gravedad es ménos cierta que la gloria inefable de los bienaventurados del cielo: verdaderamente, los caminos de Dios son inexcrutables y diferentes de nuestros

caminos, y muy luego nos perdemos y abismamos en los juicios amorosos é incomprensibles del Altísimo. Si, pues, á pesar de nuestros escasos conocimientos sobre las cosas espirituales, todavía llegamos á tocar y palpar con las manos la espantosa realidad de cuanto tiene relacion con Dios nuestro Señor, ¿extrañará ya alguno, que los Santos hablasen de las cosas de la tierra con tal indiferencia y menosprecio, como si el dolor y el placer, la vida y la muerte se diferenciases tan poco entre sí, que importase lo mismo que pudiera al hombre sobrevenirle así lo uno como lo otro? No existe, pues, en efecto, ninguna ciencia que se iguale, ni á cien leguas, con la ciencia del amor de Dios.

SECCION II.

Qué es la Alabanza y el Deseo.

El asunto que al presente voy á ofrecer á vuestra consideracion es la Alabanza y el Deseo, juntamente con aquellas prácticas devotas que las personas espirituales nos legaron acerca de la misma materia. Es, pues, la Alabanza un afecto piadoso mucho más excelente que la accion de gracias: es una bendicion á Dios por

su infinita bondad, omnipotencia, pureza, hermosura: es una congratulacion al Rey de la majestad por ser quien es, y no existir otro alguno que le iguale: es un llamamiento que hacemos á todos los Ángeles y Santos, convidándoles á honrar y glorificar con todas sus fuerzas al Hacedor del mundo: es una fervorosa peticion á María, para que se sirva ayudarnos á ensalzar á la soberana grandeza del Altísimo: es una tierna invocacion que dirigimos al Sagrado Corazon de Jesús despues de haber agotado los riquísimos tesoros de las prerogativas casi divinas de su Madre inmaculada: Corazon Sacratísimo, Océano inconmensurable, cuyas ondas cristalinas transparentan y reflejan los inefables resplandores de la alabanza que continuamente está rindiendo al Monarca supremo de la gloria. Mas como todavía tiene límites este piélago inmenso,—si bien el lindo cuadro frances, en el cual se ve pintado un Ángel que se esfuerza por sondearle y no alcanza á penetrar más que hasta la mitad del fondo, expresa con bastante exactitud la capacidad de que se encuentran dotados los hombres y los Ángeles para sondear la inmensidad de los mares encerrados en ese Corazon Inmaculado;—como hallamos en él, repito, límites y orillas, en una especie de exceso y ar-

rebato de amor, nos arrojamos atrevidamente en el seno del Altísimo, para escuchar allí, extáticos, aquellos himnos melodiosos y suaves canciones de alabanza y bendicion que sin cesar está Él entonando á su mayor honra y gloria. Semejante espíritu de Alabanza es diferente de aquel otro espíritu que mide las obligaciones y las consecuencias de la obediencia; que investiga los derechos que tiene sobre Dios nuestro Señor; que determina los límites á que el Omnipotente se ha ligado con una alianza ó pacto solemne; que sigue, en fin, la opinion probable que favorece la práctica más laxa. Yo no digo, y entiéndase bien, que este último espíritu no sea bueno y laudable: aquí no estoy criticando ni descubriendo faltas en cosa alguna; solamente afirmo, lo cual es á todas luces innegable, que es un espíritu muy diferente del espíritu de Alabanza. Porque además de cuanto acabamos de exponer, el espíritu de Alabanza es igualmente más fácil y suave que el primero: no exige sufrimiento alguno corporal, no implica género alguno de asperezas y austeridades que mortifiquen la carne, no envuelve altura alguna penosa y elevada de oracion; así es que en ninguna de las devociones existe un espíritu más infantil que el espíritu de Alabanza. Pero no

solo es diferente este espíritu de Alabanza de aquel otro espíritu de que venimos ocupándonos; sino que crea asimismo un carácter enteramente diferente, una especie diversa de vida espiritual, estimulándonos é inspirando en nuestro ánimo una singular afición á servir á Dios por amor; y hé aquí por qué el espíritu de Alabanza ocupa en el presente tratado el lugar que de justicia le corresponde, pues de lo contrario, no sería ciertamente un tratado completo.

Explicado, pues, lo que se entiende por Alabanza, réstanos ahora exponer qué es el Deseo. Por la palabra Deseo no entendemos aquel afecto que los teólogos llaman amor de concupiscencia, el cual tiene por blanco apetecer ardientemente el poseer á Dios cual fin último nuestro y Autor soberano de nuestras almas, porque semejante amor no entra para nada en el asunto que me propongo en la presente obrita. Es, pues el Deseo aquel afecto de la voluntad, nacido del amor de complacencia y benevolencia de que pienso ocuparme más adelante: es aquel afecto entrañable del corazón, que anhela por que Dios sea más conocido, amado, servido y glorificado de los hombres: es aquel afecto derivado del amor divino que atesora la voluntad, que apetece la multiplicación de todo cuanto

pueda contribuir á apacentar y hacer crecer la gloria de Dios accidental en el cielo, tierra, purgatorio é infierno: es aquel afecto fervoroso del corazón, que envuelve aun deseos imposibles, como por ejemplo, de que sea más perfecto y más hermoso Aquel que es la misma perfección y hermosura por esencia: es aquel afecto muy abrasado que suspira por que nos quepa la suerte dichosa de sufrir el martirio en defensa de la fe, de convertir, si posible fuese, á todos los condenados del infierno y rescatar á todas las almas del purgatorio: es aquel afecto compasivo que induce á nuestra voluntad á desear broten de sus senos raudales de aflicción y dolor que borren los pecados, desvanezcan los escándalos, evaporen la tibieza de la haz de la tierra, y sobre todo, que nos ayuden á servir á la excelsa y soberana Majestad del Altísimo con mayor fervor y reverencia que hasta el presente, y recibamos otro nuevo corazón ménos duro é insensible á las inspiraciones divinas, que este de piedra que ahora llevamos dentro del pecho: es el Deseo, últimamente, aquel afecto ardentísimo que suspira por que todo grano de arena del mar y todas las hojas de los árboles que hermocean las selvas, sean otros tantos Serafines que aumenten el coro de las alabanzas

divinas. También este espíritu de Deseo es diferente de aquel otro espíritu que desea sus- traerse al fuego del infierno, que suspira por gozar una vida sosegada y tranquila, que codicia una muerte dulce, libre y exenta de las terribles congojas de la agonía, que busca el remedio de sus dolencias en las reliquias de los Santos, que anhela aquella paz, y alegría, y estabilidad de la gloria del cielo, mera y exclusivamente para eximirse del cansancio y fastidio de la tierra. Y no será tampoco inoportuno advertir aquí lo mismo que hicimos al hablar del espíritu de Alabanza, esto es, que nadie se atreva á interpretar torcidamente mis expresiones, creyendo que yo repruebo semejante espíritu de deseo—¡libreme Dios de tan siniestra intencion, y ojalá que todos los mortales estuviesen en él bien empapados—! pero á no dudarlo, este último espíritu es diferente del espíritu de Deseo: no envuelve la misma facilidad y dulzura, ni procura á Dios tan rico tesoro de gloria como el espíritu de Deseo que, á imitacion del espíritu de Alabanza, engendra en nuestra alma diferente carácter espiritual, é inclina con suavidad nuestra voluntad al servicio del amor de Dios.

Hé aquí, pues, en los afectos de Alabanza y

Deseo, el doble asunto de que voy á ocuparme; y sépase de paso, que en lo sucesivo no pienso hablar de cada uno de ellos en particular, porque semejantes afectos se mantienen siempre tan unidos y mezclados entre sí, que creo conveniente y muy puesto en razon considerarlos cual si fuesen una misma cosa. Por lo que acabo de exponer, ya habreis comprendido que vuelvo otra vez más á mi tema favorito, es decir, á exigir de vosotros que tengais más confianza en Dios nuestro Señor. Efectivamente, no existe culto alguno, que merezca el nombre de tal, si no es la expresion fiel de la confianza, ni es amor verdadero, aquel donde la confianza no entra para nada; y como no puede haber confianza sin afecto filial, siguese, pues, repito, que vuelvo á lo mismo de siempre: Dios es nuestro Padre. Examinad sino las perfecciones divinas, así la omnipotencia como la caridad, lo mismo la justicia que la misericordia; considerad atentamente, no ménos las unas que las otras; ponderadlas, y tanteadlas, y pesadlas, tanto estas como aquellas, en la balanza fiel de la imparcialidad y del ánimo sereno; y segun es dado á la flaqueza y ceguedad de nuestro entendimiento hacer estimacion y justo aprecio del carácter de Dios, menester es que re-

conozcais que no puede haber culto alguno agradable á los divinos ojos, si no está basado en la confianza, pues que este es el homenaje propio de la criatura hácia su Criador. Desde el espantoso miedo que mueve al salvaje á honrar y aplacar á la Divinidad inexorable que él allá se ha forjado en su extragada mente, hasta la extravagancia y supersticion del fetiquismo, la ausencia de semejante afecto filial de confianza es el carácter distintivo de toda modificacion del falso culto; miéntras que, por el contrario, la hermosura, y la magnificencia, y la grandeza del verdadero culto que la criatura rinde á Dios, como á Padre suyo muy amado, se distinguen puntualmente en que el principal ejercicio de dicha adoracion amorosa consiste en poner toda su confianza en aquellas mismas perfecciones divinas que causarían espanto á un alma privada del fuego sagrado del amor: es un acto excelente de amor divino, confiar cual hijo en el tremendo poderio del Rey soberano de la majestad; es un acto todavía mas excelente de amor de Dios, si contemplando nuestra ruindad y bajeza, colocamos, no obstante, toda nuestra confianza en su inexorable justicia y reposamos, cual si fuese el regazo de una madre tierna, en aquel mismo atributo que semejante

á un expectro horrible está siempre acosando y llenando de espanto al corazon privado del amor, miéntras conserve la fe y la vida. Todo por amor, y el amor, todo por nosotros: Todo por Jesús, y Jesús por todos; hé aquí los dos lados de la religion, todo va envuelto en esas dos frases: la teologia toda entera, la tierra, el purgatorio, el cielo. Hasta los mismos judíos llegaron á conocer cómo todo cambiaba para el hombre que se acuerda de que Dios es su Padre:—«Nada, dice un libro rabino, prueba tanto el cielo del adorador como el uso de las palabras, *Padre nuestro*.»—«Quien hace el bien por amor de Dios, añade otro, es tres veces más santo y dichoso que aquel que le sirve por temor:» Tales eran las tradiciones hasta de los judíos respecto al particular; pero Jesús, sin embargo, ha tenido la dignacion de venir al mundo, suavizando y atrayéndolo todo á sí mismo, ocultando su gloria eterna é inefable con las dulces miradas de sus ojos humanos muy parecidos á aquellos dos soles agraciados de la Virgen María, Madre suya muy amada, que roban los corazones complaciéndose asimismo en derramar amor con profusion increíble y á manos llenas, sobre esta tierra que habitamos, para renovarla enteramente; y á

pesar de semejantes ingeniosas invenciones de su abrasada caridad hácia los hombres—¡oh interes del amor divino del Padre celestial! ¡oh Corazon Sacratísimo de Jesus!—¡cuántos católicos no se obstinan en cambiar esta fe santa y servicio glorioso y regalado en una adoracion tan seca, fria, de puras formas, ruin y abominable, que hasta las mismas ridículas postraciones y abluciones de un mahometano llegan á afrontarla y exponerla á la pública vergüenza!

SECCION III.

Actos interiores.

Ya dije en el tomo primero, que acaso no haya práctica piadosa en el sistema de devociones de la Iglesia, que más choque á los convertidos, como el valor é importancia atribuidos á los actos interiores: semejantes personas llegan á sorprenderse de la obligacion que bajo pena de pecado, segun enseñanza de aquella divina sociedad, tienen que cumplir, ejercitando actos de fe, esperanza, caridad y contricion en ciertos periodos de la vida y circunstancias dadas: espántanse de los comentarios sobre la doctri-

na evangélica relativa á la culpa cometida en la voluntad: háceseles cuesta arriba el llegar á convencerse de la influencia atribuida á la intencion. Y no obstante, semejante doctrina acerca de los susodichos actos internos, igualmente que todo el resto del sistema católico, es una viva representacion de Dios nuestro Señor: Dios es un Acto puro; cualquier cosa que se ejecute, guarda con Él cierta relacion de la que recibe toda su significacion y realidad, y en su consecuencia, las palabras no son sino simples accidentes ¡y digo más! los actos externos apenas añaden nada comparativamente á la malicia del acto interno de la voluntad: asiéntase al pensamiento, fórmese la intencion, admitase deliberadamente la tentacion, y el acto es irrevocable; tocó á Dios, y se ha estereotipado: no necesita ya para su consumacion del signo de la voz ni de la ejecucion de las manos: es un acto real, y como tal, bueno ó malo, merecedor á los ojos del Altísimo de galardón ó de castigo. Los pecados de pensamiento, dice el Concilio tridentino, tienen los espantosos caracteres siguientes: primero, que no raras veces causan en el alma más grave herida que los pecados de obra: segundo, que en algunos casos son más peligrosos: — *Nonnunquam animam gravius*